

**LA OBRA DE
DIOS EN EL
TIEMPO DEL FIN**

T. Austin Sparks

CONTENIDO

1. Las peculiares condiciones de un tiempo del fin.....	4
2. La importancia de la visión.....	11
3. La naturaleza del servicio y las señales que distinguen al siervo.....	18
4. Un ministerio de la significación de Cristo.....	25

Capítulo 1

LAS PARTICULARES CONDICIONES DE UN TIEMPO FINAL

Lectura: Lucas 2:25-38; 1 Co. 10:11; Heb. 8:13; 9:26

En estos días, estamos siendo conducidos a tomar nota de que vivimos en un tiempo final, y de que Dios hace una obra característica en un tiempo como este. Las cosas se vuelven muy difíciles y extrañas en un tiempo del fin. Todas ellas parecen arrojadas hacia un estado de turbación, conflicto, agitación e intensa presión. Las grandes contradicciones que enfrenta el universo impactan de una manera muy intensa y terrible sobre lo que es de Dios y sobre aquellos que le pertenecen a Él. Por lo que, a menudo, surge en este punto una sensación de que esta es, de manera particularmente actual, la época del fin, y también surge una pregunta acerca de cuánto más podría ocurrir. Interiormente, sentimos que el camino se hace cada vez más estrecho. “Frustración” es la palabra que parece prevalecer, mientras que todo a nuestro alrededor se encuentra en una situación desde donde emergen serios y grandes interrogantes en cuanto al futuro.

Entonces, se vuelve más persistente en la experiencia del verdadero pueblo de Dios el deseo de claudicar y abandonarlo todo. Las formas en que esto opera son numerosas, pero la intención total es la paralización y dejar por fuera de combate el mandato de Dios, hasta traerlo a un estancamiento total. En consecuencia, es esto lo que registrará nuestro estudio en esta ocasión: a saber, que estamos en un tiempo final, y que, en el tiempo del fin la obra de Dios asume una forma particular y una naturaleza especial. Obviamente, se vuelve de una necesidad e importancia suprema que el pueblo del Señor conozca el tiempo en el cual vive, los sucesos que acontecen en él, y lo que Dios puede hacer en tal tiempo. Yo sugiero que ésta constituye la verdadera razón para reunirnos juntos en una seria y solemne conferencia, pues no es algo que se pueda tomar sólo como un aspecto más de una secuencia de meditaciones. Nuestra consideración acerca de ello debe ser suprema y crucial, y de una forma particular, debe relacionarse con un tiempo dentro de la historia de este mundo, y de la obra de Dios en este mundo, que posee una tremenda importancia y que no se volverá a repetir.

Ahora bien, este asunto del tiempo final y la obra de Dios en él, es traído a luz muy clara y plenamente por Simeón y Ana. No existe duda de que ellos representan primeramente un tiempo final – el final de un tiempo dispensacional, y también el final del tiempo con respecto a su propia edad, porque ambos se encontraban en edad muy avanzada. Y, en consecuencia, también ellos representan el servicio a Dios en un tiempo similar.

Simeón usó estas palabras sobre sí mismo: *“Ahora, Señor despides a tu siervo en paz, de acuerdo a tu palabra”. “Tu siervo”*. Ana se encontraba continuamente en el templo, sin cesar, en ayunos y súplicas de noche y de día; una profetisa ocupada de este modo en la casa de Dios. Y si esto no es la imagen del servicio, ¿qué es, entonces?

**LA PLENITUD DE LA EDAD MADURA VIVIDA
CON LA FRESCURA DE LA VIDA NUEVA**

En primer lugar, voy a considerar el factor edad. Permítanme decir de una vez que, aunque voy a hablar sobre la vejez, mi mensaje estará dirigido principalmente a la gente joven. Si esto no suena muy bondadoso o justo para el resto, déjenme plantearseles de esta forma: la edad no es sólo un asunto de años. Usted puede ser todavía joven en cuanto a sus años, pero estar muy adelante de ellos, o puede ser un viejo con relación a sus años y estar muy atrás de ellos. Este es un asunto espiritual.

El factor de la edad, representado aquí por Simeón y Ana, corresponde, pues, a la palabra en Hebreos 8:13: *“Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer”*; y nuevamente en 1 Co. 10:11 *“A quienes han alcanzado los fines de los siglos”*. Esto nos hace muy viejos, ¿no es así?

Ahora, ¿cuál es la figura que está ante nosotros? Tenemos a un hombre anciano con un niño en sus brazos, ligando de una sola vez un final y un comienzo; un fin que está siendo entregado a un inicio, y un inicio que captura toda la plenitud representada por lo viejo. Es lo viejo dando paso a lo nuevo. Si captamos el pensamiento divino, el sentido espiritual de esto – un hombre anciano con un niño en sus brazos – veremos de inmediato que, desde el punto de vista de Dios, este es un principio divino. La edad no implica disminución, contracción, decadencia o pérdida de valor. Esta no es la idea de Dios acerca de la vejez.

Hay un pasaje en Isaías que dice (Is. 65:20): *“El niño morirá de cien años”*. Existe un estado, una condición, un reino en el cual un niño morirá de cien años. Significa que aquí hay un principio – y que existe un reino en el cual la vejez tiene al niño presente en sus brazos. A los cien años de edad, el niño no se ha marchado; es todavía un niño. El pensamiento divino acerca de la edad madura implica más bien una plenitud y enriquecimientos orientados hacia lo que aún debe ser, y vinculados con lo que ha de llegar, para dejar provista una herencia. No simplemente un desaparecer, llevándose todas las cosas consigo, que sea el fin de todo; sino el tener algo muy rico y pleno que será transmitido, expresado y compartido en una completa novedad, fresca y juventud. Todos los valores de una larga historia traídos de una manera nueva. Esto es lo que encontramos aquí.

Ustedes ya conocen los lugares en la Biblia que nos hablan sobre la infancia ligada con la vejez ¡Cuánto se saca de este principio espiritual con relación a Abraham e Isaac! Cuando Abraham era viejo, nació Isaac. Este hecho sirve para expresar lo siguiente: cuando exista una gran acumulación de historia y sabiduría espiritual, Dios la reproducirá, y le dará forma nuevamente e, inclusive, aún otra vez más. *“En Isaac te será dada descendencia”* (Gn. 21:12). O, de nuevo, Jacob y Benjamín, el hijo de su vejez; y todo cuanto representa Benjamín espiritualmente. Luego, tenemos el caso de Elí, que era muy viejo, y el niño Samuel. No es sólo una hermosa figura, sino también algo muy significativo el que este niño esté al lado del anciano Elí. Dios recomienza aquí, justo a la vista de algo que en sí mismo iba a quedar atrás, pero tomando de ello todos los valores espirituales para traerlos y reproducirlos en toda su intrínseca riqueza. Volvemos aquí a los ancianos Simeón y Ana (por medio de ciertos cálculos, llegamos a la conclusión de que Ana tenía 106 años en ese momento), y estos dos con un bebé. Para Dios esto no es un fin; es mucho más que eso.

**TODOS LOS VALORES ESPIRITUALES ANTERIORES
ESTÁN AHORA CENTRADOS EN CRISTO**

Así que, el asunto global representado por Simeón y Ana es la plenitud alcanzada por medio de un cumplimiento cabal. Primeramente, se completó una fase, se reunieron todos los valores espirituales pasados que ambos representaban, para adentrarse luego en un orden espiritual totalmente nuevo: el orden de Cristo.

Simeón habla claramente de esta transición, mencionada en el primer capítulo de la carta a los Hebreos: *“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”* (He. 1:1,2a). Es una transición desde lo fragmentario, lo parcial, lo ocasional, lo diverso hacia lo total, lo inclusivo-unitario y lo final. Esto es lo que representa la transición. Levantar al niño, el Cristo, sosteniéndolo en sus brazos era, en figura, reunir simplemente todo lo que había sido de Dios en el pasado, centrándolo ahora en Cristo, contemplando cómo él lo tomaba en posesión para cumplirlo y trascenderlo. Vemos a Simeón vinculado al pasado. Ahora, algo estaba ocurriendo con la venida de este niño, esto es, con la venida del Cristo.

No deja de tener un cierto significado que el evangelio de Mateo hubiese sido sacado del orden cronológico y puesto en primer lugar en el Nuevo Testamento. En ese evangelio, una y otra vez, Mateo utiliza esta frase, *“Para que las Escrituras se cumpliesen”* o *“Para que se cumpla lo que se había dicho por el profeta”*. Ello es característico del evangelio de Mateo. Él apunta hacia atrás, a todas las Escrituras que miraban hacia este Cristo, en quien hallarían su cumplimiento, realización, finalidad y trascendencia.

Todas las esperanzas, todas las expectativas, todas las promesas, todas las sombras y toda la profecía estaban reunidas en las manos de Simeón el día en que tomó al niño. La Esperanza de Israel estaba en sus brazos. ¡Qué larga esperanza! ¡Qué confirmada esperanza! Incluso a través de todos sus fracasos, cuando una negra y oscura desesperanza parecía haberse cernido sobre ellos y lloraban porque el camino del Señor se les había ocultado y la justicia de Dios los había pasado por alto, aún entonces acariciaron una esperanza. A través de todos sus fracasos, de todos sus sufrimientos, todavía se aferraron a la esperanza de que algo más debía venir. En medio de todos los juicios que habían caído sobre ellos desde el cielo por sus pecados, aún se aferraron a las promesas y creyeron que un día verían la salvación del Señor.

¡Oh, todo se encuentra aquí, en las manos de Simeón! Todo aquel pasado se encuentra presente aquí, sobre esos brazos. El Pequeño es la respuesta a todas las cosas ¡La Esperanza de Israel! Esta expectación y espera había alcanzado su consumación precisamente en estos dos, quienes junto a otros esperaban la consolación de Israel, la redención de Jerusalén. Ellos observaban, en días de escasas perspectivas y, en apariencia, desesperanzadores.

Pero, con todo, había quienes aún esperaban, aún creían, aún se aferraban. Y aquí, en un día como ese, Simeón se paraba sosteniendo en sus brazos el cumplimiento de todas las esperanzas y las expectativas y las promesas: sosteniendo la completa encarnación del pensamiento total de Dios. Simeón cargaba todo esto sobre sus manos, y en sus palabras, actitud y espíritu, ustedes lo pueden ver proyectándolo hacia el futuro y enviándolo hacia adelante *“Este niño está puesto para...”* Todo el futuro será afectado por Él. Es un momento grandioso.

**CRISTO EN PERSONA SOBRESALE POR ENCIMA
DE TODOS LOS TIPOS Y SISTEMAS**

Ah, pero noten, esto trajo consigo un desmantelamiento de todo el andamiaje de los sistemas terrenales. No era ya más lo que prefiguraba a Cristo; era Cristo mismo. Todo lo que restringía a Cristo se acabó en ese momento. ¡Qué momento aquel! El encasillamiento de los tipos, figuras, símbolos y profecías, y el sistema completo del judaísmo, la totalidad de aquella estructura, se hizo añicos y se derrumbó ese día, pues la manifiesta realidad de todo lo que era inherente e intrínseco del pasado estaba ahora en manos de Simeón, a fin de pasar al futuro. Era una crisis, un cambio de dispensación. Un paso desde lo que fue meramente un sistema terrenal con relación a Cristo, a Cristo mismo: Y esto no es poca cosa, pues es la señal del tiempo del fin.

Contemplemos hasta dónde hemos llegado: Cristo mismo emergiendo del entramado de las cosas, de todo el andamiaje de las edades pasadas, de todo lo figurativo, tipológico y simbólico, y trascendiéndolo en su propia Persona. Hay una absoluta diferencia entre Él mismo y las cosas que son Suyas. Hasta ese momento, el pueblo de Dios había estado ocupado con las cosas concernientes a Cristo: ahora habrían de ocuparse en Cristo mismo. Era un momento grandioso.

Y esto es lo que ocurrirá también en un tiempo final. Este es el punto. Un tiempo final implica la transición de un montón de cosas que tienen que ver con Cristo, a Cristo mismo; una transición desde un marco de cosas exteriores hacia lo que es esencial e intrínseco; una transición desde todas las obras y cosas relacionadas con Cristo, hacia aquello que comporta un conocimiento personal de Él mismo. Todo lo demás va a ser desmantelado, y nosotros ya estamos en el día en que este desmantelamiento en verdad ha comenzado. El asunto principal va a ser (¿Puedo ponerlo de esta manera?): ¿Cuánto tenemos actualmente en nuestras manos de Cristo mismo? O, ¿Cuán ocupados estamos con las cosas concernientes a Él, con lo que meramente rodea a Cristo?

La obra de transición se efectuará, porque este es el movimiento característico de un tiempo final. Yo lo veo claramente aquí: La figura profética de ese otro tiempo final que tenemos en el libro de Apocalipsis, cuando el hijo varón es dado a luz, y las últimas cosas están a la vista. En un tiempo como ese, todas las cosas serán probadas y desafiadas por las fuerzas que serán soltadas desde el infierno. Comenzó aquí, con la aparición del primer hijo varón, el Señor Jesús, la liberación de las fuerzas satánicas e infernales que han estado operando de manera continua a lo largo de toda esta dispensación. Herodes las escuchó y sacó su espada para causar una masacre terrible, en un intento por lograr la muerte del Primero. Y desde ese tiempo en adelante, el infierno está desatado (y ha estado continuamente desatado) no en contra de un sistema, sino de una persona viva. En consecuencia, vemos aquí presentado al hijo varón y las tremendas reacciones que de inmediato este hecho provoca.

Pasamos ahora a Apocalipsis 12, y vemos allí una compañía corporativa denominada “el hijo varón” (es corporativa porque las palabras son: “*y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero*”). Esta es la contraparte corporativa de lo individual y de lo personal. Cuando esta expresión corporativa del hijo varón es presentada en Apocalipsis, ¿Qué encuentra usted?: La más violenta reacción de las fuerzas del mal para destruir todas las cosas que testifican de Cristo.

**LA OBRA DE DIOS EN EL TIEMPO FINAL
– TODO SE VUELVE ESENCIALMENTE ESPIRITUAL**

Ahora bien, ¿en qué consiste el servicio a Dios en un tiempo final? A medida que hemos avanzado, seguramente hemos notado una o dos cosas. La obra particular de Dios en el tiempo del fin es, en principio, la constitución de una nueva e inclusiva dispensación espiritual; una nueva edad cuya naturaleza es total y esencialmente espiritual.

Hebreos 12:27 dice: *“Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconvencibles”*. La palabra ‘remoción’ significa, en verdad, transferir o transponer algo hacia otro y distinto fundamento. El hecho de que esto ocurra al final de la carta a los Hebreos es significativo, porque esta carta está, precisamente, llena del sistema terrenal del judaísmo, con todas sus formas, su ritual, su composición y constitución. Todo lo terrenal, aun lo relacionado con Dios, va a ser removido y transferido a otro fundamento (un fundamento celestial y espiritual); y, cuando las cosas comienzan a ocurrir sobre el terreno de un tiempo final, este es el hecho que caracteriza lo que comienza a tomar lugar. Lo terrenal tendrá que forzosamente dar lugar a lo celestial, lo temporal a lo espiritual y lo exterior a lo interior.

Entonces, será probado cuánto de lo que tenemos puede ser transferido, porque hay muchas cosas que no van a ser transferidas, *“la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”* (1 Co. 15:50). Esto significa e implica que hay todo un orden de la creación que no va a formar parte del orden eterno. Pasará. Todo va a ser trasladado a otro fundamento, y este proceso se intensifica en un tiempo final. ¿Puede usted verlo?

Déjeme simplificarlo. Dios se va a ocupar, por medio de la pura fuerza de las circunstancias, de que cualquier cosa que sea meramente temporal se vaya, y tan sólo lo que es espiritual permanezca. Por lo tanto, deberán intensificarse los procesos que sacarán a luz lo espiritual. ¿Estamos en este punto? Yo no sé cuál es su experiencia, pero tocando a unos y a otros aquí y allá, encuentro que existe un poco de comprensión real acerca de esto. Nunca habíamos experimentado tales conflictos espirituales, presiones y dificultades como los que experimentamos ahora. Pareciera que las cosas están yendo más allá de toda medida. ¿No podría ser ésta la explicación?

El Señor parece estar concentrándose en sacar a luz todos los valores espirituales, formando hombres y mujeres espirituales, y si no me equivoco (y no reclamo poseer ningún don de profecía en el sentido predictivo) vamos a ver, y ya estamos viendo, la remoción de muchas cosas externas de las cuales los cristianos han estado dependiendo, como si esas cosas constituyeran su vida cristiana. Seremos forzados a retornar al lugar donde una sola pregunta nos confronta: ¿Después de todo, qué es lo que he ganado del Señor mismo? Y no, ¿qué puedo hacer, a dónde puedo ir o qué puedo obtener? Creo que esta es una pregunta muy apropiada y vigente en muchas partes del mundo precisamente ahora, y que va a ir incrementándose hasta que todas las cosas exteriores lleguen a su fin. Ahora, esta es la prueba: ¿Qué tengo en mis manos?

LA OBRA DE DIOS EN EL TIEMPO DEL FIN INCLUYE TODOS LOS VALORES ANTERIORES

Sí, la constitución de una dispensación nueva y espiritual. Pero, utilizo también la palabra “inclusiva”; es decir, la herencia de todos los valores que Dios ya ha otorgado.

Este es, subráyelo usted, un principio dispensacional. La historia espiritual vuelve sobre sí misma, regresa al último punto de plenitud. Quizás usted no logre asir lo que quiero decir con esto. Si se ha llegado a un estado de declinación, ya sea en nuestra propia vida espiritual o en la vida de la iglesia, tarde o temprano nos veremos forzados a retroceder hasta el punto donde abandonamos la medida plena de Dios. ¿No ve usted lo que está sucediendo? Hoy lo podemos observar en varios ejemplos. Tomemos el asunto de la literatura. Existe una creciente demanda por las obras antiguas. Los editores se hallan frente una gran demanda por lo del pasado, y lo están introduciendo en el mercado. Las estanterías han estado llenas de materiales cristianos superficiales y baratos, con cubiertas llamativas, y ha llegado el tiempo en que las personas se están dando cuenta de que esto no satisface sus necesidades, y la demanda por algo más está surgiendo. La exigencia recae sobre algunos de los libros que formaron a las pasadas generaciones. Esto está sucediendo. La historia está volviendo sobre si misma. Ha habido decadencia, pérdida, superficialidad, frivolidad y baja calidad en la cristiandad, y la iglesia va a perecer por falta de alimento sólido, a menos que éste le sea provisto. El clamor es: "Regresemos a lo que había primero". Esto está sucediendo de muchas maneras. Es un principio dispensacional. Si Dios realmente ha dado algo, eso nunca se perderá. El tiempo lo vindicará. Tarde o temprano regresaremos a ello. Seremos traídos de vuelta a la plena vivencia de lo que Dios nos ha dado. Aquí es donde lo nuevo retoma lo viejo.

Un día triste y vano (uno que no pondrá en pie las cosas) es aquel cuando piensas que puedes prescindir de la experiencia. Si los jóvenes suponen que pueden tener poco respeto por aquellos que ya han pasado por el fuego y se han encanecido en el servicio de Dios, en el aprendizaje de conocer al Señor, y que pueden ponerlos a un lado como a números secundarios, vendrá un día lamentable para el futuro. A pesar de todo lo que se necesita de la nueva generación, no pensemos que ella puede producir todo el pasado en su propio tiempo de vida. Dios los traerá de regreso hacia lo que ha sido antes de ellos. No consideres a los siervos de Dios como números secundarios. Ellos están muy al día. Simeón estaba muy al día cuando trajo toda la abundancia, la riqueza y la plenitud del pasado en sus manos y, al hablar, la traspasó a lo nuevo, al niño, quien lo retomó todo, y quien más tarde confesó que Él lo había asumido todo: *"No penséis que yo he venido para abrogar la ley o los profetas: no vine a abrogar sino a cumplir"* (Mt. 5:17). Siempre ocurren, tarde o temprano, reacciones contra lo barato y lo superficial, y esto usualmente bajo la coacción, compulsión y sensación de que es imposible seguir adelante sin algo más pleno.

La infancia en brazos de la vejez. Y la infancia dependiendo de aquellos brazos. Pienso que no estoy yendo demasiado lejos al decir que aquí, en el sostener al niño Cristo sobre esos brazos, existe este significado: que para cumplir su ministerio y su vida, el Cristo dependió mucho del pasado, de todo cuanto Dios había hecho antes. La única Biblia que Él tenía era el Antiguo Testamento. ¡Él vivió por él! Cuando dice: *"Porque no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"* (Mt. 4:4; cfr. Dt. 8:3), estaba hablando de la única Biblia que tenía, la Palabra de Dios, el Antiguo Testamento. Pueden ver cómo el Antiguo Testamento es utilizado en el Nuevo. No es sino otro aspecto de esto mismo. Uno de los estudios más enriquecedores y una de las líneas más productivas de investigación consiste en marcar dónde el Antiguo Testamento se encuentra en el Nuevo (porque se encuentra ahí) y ver el uso que se hace de él. Sí, esta es una tremenda realidad: que todo lo que es nuevo depende de lo que ya ha sido anteriormente.

EL VALOR PERMANENTE DE TODA OBRA DE DIOS

Vamos a terminar por ahora recalcando esto. Debemos vivir y trabajar con nuestros ojos puestos sobre el valor ulterior de nuestras vidas. Gracias a Dios porque esto puede ser así. La vida sería un intolerable enigma si todo lo que hubiésemos aprendido a través del sufrimiento y la disciplina muriera con nosotros y nada quedara de ello. No, esto no debe ser todo. Hay un valor futuro y deberíamos vivir – recalco– y servir con nuestra vista puesta en la herencia que vamos a dejar más allá de nuestra propia época. Pues, sobre el principio de que Dios vindica todo lo que Él mismo ha hecho, dado, y vuelto necesario, lo que Él está obrando en ti y en mí ahora, también lo hará necesario para su nueva dispensación. Esa nueva dispensación va a ser constituida sobre la base de lo que Él está obrando en sus santos ahora. Este es un principio del Nuevo Testamento. Lo que Él está haciendo en la iglesia hoy será la riqueza de las edades venideras. Lo que Él está haciendo en nosotros, no es una presunción decirlo, va a ser la vida misma para algunos más allá de nuestro tiempo. Así que, no deberíamos pensar en esta vida como algo que debe ser ganado completamente, o vivido completamente para nosotros mismos, como un fin en sí misma. Ella es algo que será hallado otra vez, para la gloria de Dios, en el futuro: en el traspaso de todo lo que ha venido de Dios, lo cual no muere jamás, sino que es preservado eternamente por Él, y que será necesario otra vez. Me pregunto si este es un pensamiento nuevo para ti. Es decir, que cuanto el Señor está haciendo en ti, al expandir la medida de Cristo en ti, va ser necesario por un largo tiempo después de que hayas partido. Es un principio, una ley, el que cualquier cosa que Dios haga será necesaria para siempre.

Lo dejaremos hasta aquí por ahora, y pedimos al Señor que nos ejercite muy poderosamente en el asunto del intrínseco valor del conocimiento de Él mismo en el tiempo que viene, a través de esta transición hacia la cual nos hemos adentrado tan seriamente.

Capítulo 2

LA IMPORTANCIA DE LA VISIÓN

“²⁵Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. ²⁶Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. ²⁷Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, ²⁸él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: ²⁹Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; ³⁰Porque han visto mis ojos tu salvación, ³¹La cual has preparado en presencia de todos los pueblos; ³²Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. ³³Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. ³⁴Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha ³⁵(y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones. ³⁶Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, ³⁷y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. ³⁸Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (Lc. 2:25-38).

Al principio de nuestra meditación, hemos observado que Simeón personifica todo lo que se refiere a un tiempo del fin, y que en un tiempo del fin se presenta una serie particular de condiciones. Por un lado, hay un sentimiento de desintegración en cuanto a lo que ha sido, y por otro un sentimiento de algo pendiente, de una nueva situación y una nueva serie de condiciones, con ciertos problemas muy concretos y serios que surgen entretanto. Primero, nos podemos preguntar: ¿Cuánto de todo lo que ha sido va a subsistir y a continuar en la nueva situación? porque un gran despojamiento está teniendo lugar, un zarandeo grande tanto de lo espiritual como de lo temporal, aun con relación a las cosas de Dios. O (para volver aquí a la figura de Simeón teniendo en los brazos al niño Jesús), ¿cuánto nos estamos ocupando realmente del Señor en un tiempo de transición, de disgregación y de nuevas condiciones? Por otra parte, ¿cuánto de todo lo que está relacionado con el Señor es, al fin y al cabo, de ese orden y sistema exterior que es puramente terrenal y transitorio, el armazón y molde de las cosas? Son asuntos y preguntas muy importantes que se presentan forzosamente en un tiempo en que la situación está a punto de cambiar.

Hay además un ambiente de tirantez, de presión y de conflicto muy graves. Es como si algo está por producirse, lo cual incita el enemigo a una extrema resistencia, trayendo opresión y frustración; tanto que en ese tiempo la vida espiritual está bajo tensión y prueba, y sería mucho más fácil rendirse o tomar una actitud de menos resistencia. Son cosas que pertenecen a un tiempo del fin, y estamos notando que, sin lugar a dudas, hoy día nos hallamos en ese tiempo. Ésa es la significación de este

momento mismo.

Las cosas van a cambiar radicalmente; un orden va a suceder a otro orden. Pero entre esta ordalía de separación, puede haber hoy, y debería haber, lo que responda al caso de Simeón, quien fue en primer lugar, la personificación de todos los valores espirituales anteriores, luego de la separación de todo lo que no era espiritual y permanente, sino una estructura en la dispensación pasada, y además la personificación de los principios y valores intrínsecos de lo que estaba por venir. Esto es de lo que muy brevemente y en términos generales nos ocupamos en nuestra meditación anterior.

SIMEÓN TENÍA VISIÓN

Pero ahora vamos a observar un factor dominante acerca de Simeón, como representando este período de fin de tiempo, de transición. Este factor dominante, que es también una necesidad dominante, está incluido en una sola palabra: "visión". A pesar de que Simeón y Ana eran muy viejos, tenían visión; lo que significa que, aunque estaban al fin de una fase y naturalmente podían fenecer, –y de igual manera había llegado un fin para todo–, en lugar de ello tenían en las manos un nuevo comienzo, algo que iría adelante como nunca antes.

Esta cuestión de la visión es de grandísima importancia, pues, como veremos más de lleno, estas dos personas representan toda norma de servicio a Dios, en un tiempo sumamente crítico para el desarrollo de los intereses de Dios. Si no hay visión, el servicio será sólo de carácter pasajero y muy limitado en su valor y alcance. Será algo que se hace por sí mismo, y en gran parte como un fin en sí, y eso es inadecuado. El servicio debe tener una extensión de mayor importancia que la de hacer algo por ahora, con el interesado no viendo más que la cosa con la que está ocupado al instante. Eso significa limitación, pobreza en el servicio. La visión siempre lleva adelante, más allá del presente, y algo incluye de manera que lo que se haga abarque más en tiempo y valor.

EL EFECTO DE LA VISIÓN

1. Vida

Miren cómo la visión fue realmente vital en el caso de Simeón. ¡Qué múltiples efectos tuvo en él! Aquí tenemos a un anciano que, según toda ley natural, está al final de su vida y puede morir en cualquier momento. La gente podía decir de él: "No nos sorprendería oír que el viejo Simeón se ha muerto"; y, sin embargo, la visión lo mantuvo vivo. No podía morir porque tenía una visión dada por Dios.

"Le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor " (v.26), "...han VISTO mis ojos..." (Lucas 2:30). He aquí un hombre que ve en su ancianidad, que está viendo. Hay un poder en eso de ver que le hace avanzar y aplazar la muerte, haciéndola sirvienta en vez de señora. Él puede decir a la muerte: "Tú tienes que esperar mi hora, la hora del Señor".

La visión lo mantuvo vivo y sobrepasó el curso de las leyes normales, haciendo que las dominara, dándole ascendencia sobre ellas.

Cualquiera que sea el significado en el caso de Simeón, por lo que se refiere a su vida natural, la largura de sus días en la tierra, eso se debió trasladar al reino espiritual. Desde luego, algo tiene que enseñarnos el que todavía estuviese bien físicamente. Si Dios ha dado una visión a una vasija escogida, y ligado estrechamente su realización incluso en cierta medida—, con la vida de esa vasija, ese hombre o esa mujer es inmortal mientras la obra no esté hecha. Puede pregonar con el Salmista: *"No moriré, sino que viviré"* (Salmo 118:17). Pero el propósito de Dios tiene que apoderarse de usted; tanto es así que su vida estará muy relacionada con su propósito. La visión mantuvo vivo a Simeón. Hay un efecto muy vivificador en una verdadera visión espiritual.

2) Un enlace con el propósito de Dios

Hay muchísimo más en lo que he dicho, que quizá ustedes han reconocido, y bastante más que decir. Ser un enlace con el propósito de Dios –al recibir del Señor una visión de lo que es ese propósito–, es algo muy emancipador. Es una cosa ir día tras día, semana tras semana y año tras año de manera sistemática, hoy a la reunión, el próximo fin de semana a la conferencia, eso una y otra vez, y entonces toda la lista de las actividades y ocupaciones cristianas es sólo algo en sí.

Es por entero otra cosa, cuando nos alcanza y se apodera de nosotros corporativamente una visión poderosa y dominante, de modo que el mismo ambiente parece proclamar que hay algo más que sólo la ocasión de reunirse; hay algo grande, de mucho alcance, y usted es introducido por el Santo Espíritu. Entra guiado por el Espíritu, como hizo Simeón. Encuentra que no se ha asociado, unido simplemente a algo que va como sobre ruedas vetustas, dando tumbos, sino que lleno de vida, como las ruedas de la visión de Ezequiel, va derecho hacia Aquel que está en el Trono. ¡Grande visión!

Hay bastante diferencia. Usted mismo puede darse cuenta de la diferencia entre estas cosas. Por un lado, lo que es sólo algo en sí, que sigue sencillamente, que va tirando, yendo tal vez por su propio impulso o vigor u otros intereses, algo que es mucho un fin en sí mismo, y poco importa que usted salga o venga. Hay por otro lado, lo que es muy diferente: el entrar directamente en línea con el gran propósito de Dios, en el poder del Espíritu Santo, viendo lo que Dios busca y desea, más allá de lo que hasta al presente se ha logrado.

En el caso de Simeón, la visión hizo de él un enlace vivo con el propósito de Dios. Aquí tenemos la antigua dispensación que pasaba, pero en la que estaban las inversiones espirituales de Dios, y la nueva dispensación introducida por la venida de Cristo. Simeón se tuvo de pie, como un enlace, uniendo las dos; y fue en efecto un enlace muy vivo.

Estamos llegando al tiempo en que muchos cambios van a tener lugar en el sistema de grupos de la cristiandad; en que sólo se tendrá en cuenta lo espiritual, y cuando será de vital importancia que Dios tenga un pueblo que sea un enlace con Su propósito más pleno. Él siempre lo ha requerido. Podríamos volver a la Biblia –si nos sintiéramos inclinados a hacerlo–, para notar una y otra vez los períodos de transición, y ver exactamente lo que Dios puso como Su enlace entre dos transiciones,

y como Su puente de una a otra en esos momentos.

Pero hay la realidad. Si tenemos alguna razón para creer que tal cambio es inminente –cuando no será posible continuar con las antiguas normas y seguir organizando cosas con todo el viejo mecanismo, cuando el pueblo de Dios estará obligado, por las condiciones del mundo, a entrar en un terreno espiritual donde su preocupación y sus intereses serán solamente el Señor mismo–, si tenemos alguna razón para pensar que eso ha comenzado, entonces debería haber algo que llegue a ser para Dios un ministerio que enlace con Su propósito más completo, que se pone en relación vital con Él en Sus intenciones más grandes, que introduce al Señor en plenitud. Simeón lo hizo, de modo que llegó a ser señal de un movimiento de dispensación, un enlace vivo con el propósito más pleno de Dios.

3) *Un caminar con Dios*

Otro efecto que tuvo la visión en Simeón, fue que lo mantuvo caminando con Dios. Le dio incentivo espiritual. Hizo de él un hombre espiritual. Estoy seguro de que estarán de acuerdo que necesitamos muchísimo estímulo espiritual. Es un problema que está siempre muy presente. Podemos muchas veces descorazonarnos, y decir: "¿Para qué todo?" "¿De qué trata todo?" "¿Para qué sirve todo?" ¿No nos podemos desanimar, al ver el estado espiritual de las cosas en la obra de Dios? Si hemos visto algo de lo que Dios quiere, y de la manera que están las cosas en comparación, se nos puede caer el alma a los pies. Es una pobre clase de visión espiritual, la que se satisface con la situación actual. Pero en presencia de este estado que parte el corazón, junto con todo el agotamiento, la frustración, la resistencia, la dureza del camino y las muchas dificultades y problemas que encuentra el pueblo de Dios, sí que necesitamos incentivo; y eso es como decir que de verdad necesitamos visión. *"Donde no hay revelación divina (en hebreo visión), el pueblo se pone desenfrenado"* (Proverbios 29:18, V.M.).

Sin visión se viene abajo, no hay duda. Pero ven ustedes, Simeón tenía visión y, por lo tanto, en un tiempo en que las cosas estaban en general muy decepcionantes y poco satisfactorias, cuando lo que realmente era del Señor, era muy insignificante, en ese tiempo, por su visión él fue un hombre que rebosó de estímulo.

La visión lo guardó andando con Dios. Necesitamos algo que nos guarde andando con Dios. Es muy fácil soltar y dejarse arrastrar por la corriente. Es muy difícil mantener la vida de oración con firmeza. Usted tiene que combatir por su vida de oración; la pierde si no lo hace; y así es con todo lo demás, en este andar con Dios. Todo está en contra: es a saber, resistencia, disminución y presión.

A menos que tengamos visión, no andaremos con Dios. Caminar con Dios por Él solo, por puro amor a Él, yo creo que es al nivel más alto que podemos aspirar, y, ciertamente, necesitamos algo que avive y mantenga tal amor. Un hombre me dijo una vez: "Es gracias al ministerio que sigo viviendo como un cristiano". Eso es terrible; pero lo que él quería decir es que tenía que tener un incentivo, algo que lo sujetara al Señor. Es en ese sentido que lo digo.

Es porque Simeón tenía visión —esta percepción que el Señor se había comprometido a algo grande, a lo que él mismo estaba estrechamente ligado–, que

vivió cerca del Señor y halló fuerzas para caminar unido a su Dios. La visión hizo de él un hombre espiritual "y movido por el Espíritu, vino al templo" (v. 27). Es obvio que vivía y andaba por el Espíritu, y eso describe a un hombre espiritual. Qué importante es, pues, la visión.

4) Una vida de oración poderosa

La visión hizo también de Simeón un hombre de oración. Hizo de Ana una mujer de oración, una que servía de noche y de día con ayunos y oraciones. Fue la visión que lo hizo. Debemos tener un motivo para conservar nuestra vida de oración, de otro modo se vuelve maquinal, algo hecho, algo que es una obligación, que tememos no hacer. La oración se sostiene con vigor, por la visión.

5) Responsabilidad

Y, en conjunto, Simeón era un factor responsable a causa de la visión. Ser un factor responsable es muy necesario para cada uno del pueblo del Señor; hablamos de personas dinámicas. Realmente la vida nos enseña que es importante ser así, en medio de todo lo que es oscuro, triste, penoso y tenebroso, de todo lo que en nosotros pudiera volverse en contra y tenernos con preguntas dando vueltas. Necesitamos ser factores de importancia en las cosas de Dios, y eso sólo se produce por la visión.

Bien, ¿qué nos hará positivos en función e influencia? porque eso es lo que necesitamos ser. ¿Qué nos salvará de la tendencia, de la desviación y de las trampas? ¿Qué nos hará salir de la mediocridad, de la indecisión y del contentamiento? ¿Qué nos hará escoger lo mejor, y no satisfacernos con lo bueno, alegando que no hay ningún mal en ello? ¿Qué nos librarán de todas esas cosas? Nada más que la visión. Tener la verdadera visión nos salvará. Si usted tiene una visión divinamente dada, nunca será simplemente nominal; será vital.

Es lo que Pablo explicaba, pues si alguna vez hubo un hombre vital, un hombre responsable, un hombre de destino, ese hombre fue Pablo. Ustedes recordarán que Pablo se ponía siempre al lado de todos los santos. De ninguna manera y ni por un momento se consideró por encima de ellos. Refiriéndose a él y a los otros creyentes, él siempre decía: "nosotros". ¿Qué es lo que hizo que fuese el hombre vital, responsable, que pudo decir: "...no fui rebelde a la visión celestial" (Hechos 26:19)? Que tenía visión.

LA NECESIDAD DE SERVIR

CON RELACIÓN A LA VISIÓN

Bueno, dirán ustedes, estamos de acuerdo, no discutimos nada de lo que usted ha dicho, pero si nosotros no tenemos visión, ¿qué pasa? El caso es que tenemos que venir ante el Señor con este asunto, y pedirle que nos ponga en Su visión y Su visión en nosotros; de lo contrario, seremos simples pasajeros que son llevados, simples parásitos que se mantienen de la vida de otros, no contribuyendo a nada. En realidad, debemos llevar esto a un resultado práctico con el Señor. Esta es toda la cuestión en este momento, en lo que estoy diciendo. Nadie sino el Señor puede darles la visión. Pero ver el eterno propósito de Dios en Cristo Jesús, poder decir con Simón: "Mis ojos

han visto”, hará que su vida sea de responsabilidad vital. Es por eso que el apóstol oraba por otros, que fuesen alumbrados los ojos de su entendimiento (cfr. Efesios 1:18).

Bien, todo lo dicho nos llama a servir al Señor, pues no es una cosa meramente personal. Esto está relacionado con el servicio de Dios, en un tiempo crítico de la historia de este mundo y del pueblo de Dios, en un movimiento de dispensaciones con grandes decisiones pendientes. Luego, noten que va a haber muchos de los hijos de Dios y siervos del Señor que se preguntarán dónde están. Van a tener que dejar sus esferas de servicio, y todo su trabajo les será quitado. Se hallarán diciendo: “¿Qué significa esto? ¿Qué nos depara el futuro? ¿A dónde vamos?” ¡Ah! Pero eso no es todo. Tan sólo he tratado de enfocar lo que tengo en mi corazón. Vamos de prisa a un gran cambio en todo el estado de la cristiandad organizada. En ese tiempo ha de haber algo que mantenga firme las cosas, que las sostenga para Dios, que comprenda la situación como Daniel y sus amigos, en los que había espíritu de sabiduría. Ellos conocían el significado celestial de lo que estaba teniendo lugar, y pudieron interpretar los sucesos, salvar la situación y afectar las edades.

Ustedes ven lo que quiero decir. Debe haber algo, y esto es un asunto muy crítico. Debemos tener esta visión celestial, el propósito de Dios, y estar bajo su dominio. Debemos ver la naturaleza y el significado de lo que está sucediendo, la tendencia de las cosas, las consecuencias que están implícitas, y debemos hallarnos cooperando con Dios en esos movimientos suyos, del cielo, ser capaces de servirle ahora.

Si esto parece enteramente abstracto y lejano, permítanme resumirlo en esto: es todo una cuestión de medida viva y suficiente de Cristo. Volvamos a Simeón y Ana. Todo lo que los curiosos vieron probablemente, fue un nenito que era traído al templo como miles y miles de nenes antes, durante años, según la costumbre. Pero estos dos vieron en ese niño un vasto radio de acción: ³⁰*Porque han visto mis ojos tu salvación,* ³¹*La cual has preparado en presencia de todos los pueblos;* ³²*Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel*” (vs. 30-32). Miren lo que se concentra en ese niño. Pero si no tienen revelación, no lo verán. Si no son enseñados por el Espíritu, no verán la significación de Cristo. Son verdades que se pueden enseñar y creer, pero ¿las ha revelado Dios a su corazón? El momento viene cuando ése será el terreno de la prueba; no la doctrina, la enseñanza, la lectura de la Biblia, sino lo que se siente en la mano.

Durante siglos, los hombres vinieron al templo con sus manos llenas de ofrendas. No les estaba permitido presentarse con las manos vacías. Pero, ¿entendieron el significado real de lo que estaba en sus manos? La ofrenda de flor de harina, de un cordero, de un macho cabrío, cualquiera que fuese la ofrenda ¿era para ellos solamente una cosa? ¿Era esto el principio y el fin? ¿Vieron ellos?

Sabemos ahora que todo eso era símbolo de mucho más. Lo sabemos cómo doctrina. Hemos leído acerca del tabernáculo, de las ofrendas y los sacrificios. Lo sabemos todo en teoría, pero ¿qué tenemos en la mano? ¿Qué será cuando venga la gran sacudida, cuando no podamos más tener reuniones o la comunión con los creyentes, y quizás tener que sufrir lo que muchos hoy en otros países? ¿Qué tenemos en la mano? ¿Qué nos ha sido revelado por el Espíritu Santo? No es sólo una pregunta sobre lo que hemos sido educados y enseñados en reuniones y conferencias, sino de lo

que verdaderamente nos ha sido revelado de Cristo en nosotros, de lo cual podemos decir: "Mis ojos han visto. Nadie puede quitarme lo que he visto; nada puede destruirlo. He visto y ha llegado a ser parte de mi propio ser." Ése es el punto crucial en un día como éste. Debemos ser capaces de reconocer el cambio de dirección que toman las cosas, y de movemos con Dios.

Se dice de Simeón que *"el Espíritu Santo estaba sobre él"* (v.25). Vivimos en una dispensación que es mucho más del Espíritu que entonces. El Espíritu está en nosotros; no de visita, no sólo viniendo sobre nosotros, sino morando dentro. Pero porque Simeón y Ana estaban en el Espíritu, conocieron la gran significación de ese momento. Cuando trajeron al niño Jesús, algo ocurrió dentro de ellos, lo cual, para ponerlo en una frase, significó: "¡Esto es eso!". Ése es el ministerio; lo que usted tiene en sí mismo por la obra del Espíritu Santo, que le capacita para decir: "Esto es eso! ¡Esto es!". Para ellos se hizo muy real, muy vivo e importante. ¡Esto es eso! Ser así capaz, por el Espíritu, de interpretar lo que Dios quiere decir, constituye un ministerio. Tenemos aún que hablar de cómo Simeón y Ana son la encarnación de la norma del servicio, pero hemos llegado muy cerca de lo que el servicio a Dios significa en realidad. Para empezar, significa visión.

Si en alguna manera esto toca realmente su corazón, si en alguna medida usted es capaz de percibir que esto es seguramente a lo que se dirigen las cosas, ¿me permite pedirle que vaya al Señor con sinceridad y se ejercite profundamente en oración, para que tenga la visión de Dios? Procure que esté en usted, a fin de que pueda servir a la situación, cuando mucho está derrumbándose. Aunque se pudiera decir que no estamos todavía en la emergencia de un cambio de dispensación, ciertamente, la situación como está hoy día, requiere todo lo que he dicho. Pero el verdadero incentivo es el conocimiento de que el día está declinando; *"la noche viene, cuando nadie puede trabajar"* (Juan 9:4).

Que el Señor nos halle como hijos del día y no de la noche.

Capítulo 3

LA NATURALEZA DEL SERVICIO Y LAS SEÑALES QUE DISTINGUEN AL SIERVO

"Mas el fin de todas las cosas se acerca" (1 Pedro 4:7)

"²⁵Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. ²⁶Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. ²⁷Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, ²⁸él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: ²⁹Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; ³⁰Porque han visto mis ojos tu salvación, ³¹La cual has preparado en presencia de todos los pueblos; ³²Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. ³³Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. ³⁴Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha ³⁵(y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones" (Lucas 2:25-35).

Pienso que no es necesario insistir en el hecho de que no sólo a causa del momento, sino también por las evoluciones del mundo, las palabras arriba mencionadas de la epístola de Pedro, están, con toda evidencia, mucho más cerca de su cumplimiento que cuando se escribieron. Tenemos tan sólo que considerar algunas posibilidades reales, presentes, que pudieran producirse cualquier día, y resultar en el cumplimiento muy pleno del fin de todas las cosas. En una palabra, no cabe duda de que: *"el fin de todas las cosas se acerca"*. Se aproxima el cambio de dispensación. La gran transición, de lo que se ha obtenido durante esta dispensación a lo que se obtendrá en la siguiente, se acerca con rapidez.

Si es cierto, si eso nos ha hecho impresión, deberíamos buscar en la palabra de Dios para ver si tiene algo que decirnos acerca de lo que el Señor hará en un tiempo como éste. No quedaremos sin información clara, por lo que se refiere a la naturaleza de las cosas en un tiempo del fin, y en cuanto a lo que Dios presenta como Su obra suprema en ese tiempo. Aquí, en el tiempo del fin representado por Simeón, Ana y un grupo en Jerusalén, hemos estado viendo algo de esas características espirituales y constantes de ese tiempo. Ahora, nuestro punto particular es sobre el servicio de Dios como está representado por Simeón en un tiempo del fin.

Nos ocuparemos del servicio y del siervo, poniéndolo en ese orden, porque el servicio que se ha de ejecutar explica las relaciones de Dios con el siervo. Nunca entenderán por qué el Señor trata con ustedes de ciertas maneras, mientras no sepan lo que Él quiere hacer con ustedes. Para decirlo de otro modo, las relaciones de Dios con nosotros son proféticas de lo que Él va a hacer en nosotros y por nosotros.

EL SERVICIO: INTRODUCIR A CRISTO EN PLENITUD

Aquí estaba Simeón. El servicio definía el hombre, porque como hemos visto antes, introducir a Cristo en plenitud, era el servicio que Simeón debía efectuar. Hasta entonces, a Cristo se le había dado a conocer de modo fragmentario, en varias porciones de la palabra, de diversas maneras, un poco aquí y otro poco allá. Había sido un desarrollo progresivo de lo que apuntaba a Cristo o lo simbolizaba. Pero ahora, el fin de esos tiempos había llegado. El fin de señales y símbolos, de partes y diversidades. Ahora había llegado la totalidad, el Cristo completo, el Señor mismo.

Simeón estaba estrechamente relacionado con la introducción y la presentación de Cristo en el futuro, quien es la encarnación de la plenitud de Dios. Ésa era la esencia de su servicio, el porqué Dios lo había reservado y guardado con vida. Cuando hay un servicio que cumplir como ése: o sea, introducir esencialmente a Cristo, no simbólica o parcialmente, sino esencial y totalmente, el camino del siervo no será corriente ni fácil. La historia no será simple. Parecerá muy compleja, muy desconcertante, muy sometida a tensión. Habrá todo para poner al instrumento fuera de servicio.

EL SIERVO

1. Preparado a través de la presión

Se necesita sólo leer el relato de los años entre los dos testamentos, para ver el bajo nivel en que estaban las cosas cuando vino el Señor Jesús. Había muchos que seguían el sistema religioso, pero lo real, el valor espiritual esencial, era muy pequeño, y el estado de las cosas muy deplorable.

Simeón había vivido largos años a través de ese estado de cosas, y bien hubiera podido desanimarse. Había, digo, suficiente como para ponerle del todo fuera de combate. Sabemos cuáles eran las condiciones políticas de su tiempo, las que crearon una situación en la que era casi imposible esperar el cumplimiento de cualquier testimonio glorioso. El enemigo estaba en el país, y el pueblo de Dios se hallaba mucho más que en una pobre condición. La historia espiritual interior de este hombre no pudo haber sido un tipo de cosas fáciles de vivir, sino que debió de ser llena de pruebas, desesperante y de mucha presión, para echarlo fuera sin rodeos. ¡Extraños caminos los de una vasija de plenitud! Podríamos pensar que ser escogidos para un propósito como ése, significaría que la historia, en cierto modo, sería perfecta, maravillosa, estupenda, sin ninguna dificultad.

Pero es justamente lo contrario. Esa vasija, escogida y reservada por Dios para introducir una mayor plenitud de Cristo, es una vasija asediada y asaltada de una manera extraña, por toda clase de cosas extraordinarias. Tiene un recorrido complicado, en el que no es nada raro que renuncie, que lo dé por perdido y diga: "¡La situación es desesperada!" El camino de este servicio que tiene que ver con la plenitud de Cristo, es un camino de mucha dificultad, de perplejidad, de angustia, de presión, de tensión y, a menudo, de complicación e imposibilidad aparentes.

2. Probado por la obra escondida de Dios

Quiero decir aquí, que Simeón no era más que la voz individual y el actor de un ministerio corporativo en tiempo del fin. Se nos dice que Ana, la cual es un complemento de Simeón, *"hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén"*. Está claro que había un grupo en Jerusalén, y es posible que fuera, y sin duda lo era, relativamente pequeño; pero allí estaba. Había allí un grupo que esperaba, que oraba de manera permanente por la plenitud del Señor. Simeón no era sino la voz y la expresión de esa vasija corporativa.

Digo eso para que, en este asunto, no pensemos demasiado en individuos, considerándonos Simeones por separado. El Señor levanta un testimonio corporativo para representar e introducir Su mayor plenitud. Lo que es verdad del individuo, lo es del grupo. Este grupo pasa por extraños e inhabituales caminos de prueba, de perplejidad, de adversidad, de tensión, y muchas veces su posición parece ser una imposibilidad.

Piensen solamente en Simeón. Todos esos largos años había sido constante, orando, esperando, suspirando por la venida del Ungido del Señor. Aunque Dios mismo le había hablado y dicho *"que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor"*, sabemos muy bien que, bajo ciertas condiciones de presión, estamos tentados a dudar aun de lo que el Señor nos ha dicho y, para Simeón, ya anciano, no habría sido extraño que dijera: "Me pregunto si no estoy equivocado. ¿No estaré agarrándome de una ilusión? No parece que ocurra nada, no parece que haya alguna novedad. Me estoy haciendo cada vez más viejo e incluso las promesas de Dios no parece que se cumplan; lo que Dios ha dicho no parece que esté cerca de realizarse". Bajo la presión podemos pensar y sentirnos así. No dudo que Simeón sufrió en su mente los mismos asaltos que otros del pueblo de Dios, en su relación con lo que es de valor para el Señor.

Entonces hemos de darnos cuenta de que como parte de una vasija –y no como siendo personalmente de una gran significación—, podemos tal vez estar compartiendo la extraña historia y la presión particular de esa vasija, porque es elegida de Dios para introducir una mayor plenitud de Su Hijo, en un tiempo cuando la necesidad espiritual va a ser muy grande y muy intensa.

Los caminos de Dios en los días de Simeón eran caminos escondidos. No había ninguna señal, nada que hablara de una poderosa obra de Dios. Ser capaz de vivir y de seguir viviendo cuando parece que Dios no hace nada de lo que se ha estado esperando y hablando, es lo que más nos pone a prueba. Todas las señales están escondidas, los caminos de Dios están fuera de nuestro alcance. Pero es en esas pruebas que el Señor prepara Su vasija para ese servicio particular.

3. Reducido con vistas al perfeccionamiento y a la eficiencia

Ahora bien, he dicho que ese grupo era muy pequeño, y eso está confirmado una y otra vez por la palabra de Dios. En tiempos críticos, tiempos de transición, es una nota característica que se ha de tener en cuenta. En un tiempo del fin, la vasija de plenitud es en sí misma una vasija muy pequeña. Puede ser que haya algo grande, pero aquello que va a servir realmente al pleno propósito de Dios, será reducido para ser

perfeccionado, como en el caso de los treinta y dos mil hombres que estaban con Gedeón, y que quedaron reducidos a trescientos para ese propósito. Al final, no fue una gran compañía, una muchedumbre, un movimiento de masa. Es así y así lo será al fin. Lo que está relacionado con la intención más completa de Dios, será relativamente una cosa pequeña muy refinada, y el Señor se da mucho trabajo para que así sea.

4. El esclavo de un déspota

Cuando, pues, llegamos a Simeón con relación a ese servicio, notamos que él habla de sí mismo como del siervo del Señor. Hay dos palabras aquí de significado considerable. *"Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra"*. Como ya hemos dado a entender, la palabra que él usó: *"...despides a tu SIERVO (esclavo)..."* es la que tan frecuentemente usaba el apóstol Pablo acerca de sí mismo. *"Pablo, SIERVO (esclavo) de Jesucristo"*. Simeón se miraba a sí mismo como el esclavo del Señor. Cuando dice: *"Ahora, SEÑOR, despides a tu siervo"*, no empleó la palabra usual por Señor, sino la palabra *déspota*. *"Ahora, oh Déspota, despides a tu esclavo"*. Miren el concepto que tenía de sí mismo, en calidad de siervo, y del Señor como en la posición de una entera supremacía sobre él.

Pensamos muy a menudo del Señor como en Quien nos deleitamos. Nos gusta llamarle Señor, pero de ningún modo pensamos de Él, en el sentido de un déspota. Esa palabra tiene un elemento desagradable para nosotros. ¡El Señor, el Déspota! Lo que trato de hacerles ver es que, en esta manera de expresarse, Simeón se considera como un siervo del Señor bajo Su completo dominio. El Señor era enteramente su amo, el déspota. Él, Simeón, era un hombre dominado, sometido, subyugado.

Para este servicio de la plenitud de Cristo, el siervo ha de estar sobre la base de un esclavo, de uno en total sujeción al Señor. Tanto es así, que aquí, la figura que en griego tenemos detrás del lenguaje, es la del esclavo que ha sido heredado o comprado y, en tal caso, ha sido marcado con hierro. Ese esclavo no puede tomar la libertad, a menos que una autoridad superior se la dé o lo compre para liberarlo de su esclavitud; no tiene ningún derecho. Y Simeón está diciendo: 'Ahora, Señor, deja ir a Tu esclavo marcado con hierro; dame mi licencia celestial'.

¡Qué concepción del siervo del Señor! Tiene que ser así. Para servir al Señor en toda plenitud, tenemos que llegar ahí.

5. La respuesta terminante del corazón al prendimiento divino

En el caso de Simeón, había dos factores entrelazados. Había el acto soberano de Dios cuando agarró a Simeón, y la respuesta que de corazón éste dio. Estas dos cosas van por el mismo camino. Dios actuó soberanamente para prenderlo, y por su parte Simeón le dio la respuesta de un corazón íntegro. Pero esto obraba también de la otra manera. El corazón de Simeón se apoyaba tanto en el Señor, que Dios lo agarró.

Hay la gran verdad de la Biblia que, detrás de toda nuestra historia y experiencia espiritual, está la elección que concierne, no la salvación, por supuesto, sino el servicio. Eso no depende en absoluto, de alguna cosa por nuestra parte. Sin embargo, Dios mira para ver la actitud de nuestro corazón, antes de expresar y de llevar a cabo

esa elección. Queda el hecho que el Señor espera algo por nuestra parte, siquiera sea una actitud, una realidad, que de verdad le hablamos en serio, antes de que pueda sacar a la luz, con toda evidencia, lo que Él ha previsto y proyectado.

Cuando nuestro corazón está completa y decididamente entregado al Señor, como el de Simeón, que llama al Señor su Déspota y a sí mismo se llama el esclavo del Señor, descubrimos entonces que el Señor nos ha tenido en perspectiva desde hace mucho tiempo, y Sus intenciones respecto a nosotros nos son reveladas. Ustedes ven cómo la soberanía de Dios y la entrega de nuestro corazón están entrelazadas. Son como dos círculos entrecruzados, que van girando todo el tiempo sobre sí mismos. Recuérdenlo bien porque son cosas muy importantes.

6. Servir sólo a Cristo

Ahora bien, la vida puede ser definida, significativa y unificadora, si está dominada únicamente por un solo Amo. La explicación de la división, la desintegración, la distracción, la falta de cohesión, de certidumbre y de significación, es muy a menudo porque no tenemos un Amo. O estamos intentando ser nuestros propios amos o nos estamos dejando dominar por toda clase de intereses y consideraciones, y así nos colocamos en las manos de las fuerzas que están trabajando para destruir nuestras vidas.

Nuestra gran necesidad es de un Amo, un Déspota y de estarles enteramente sometidos; lo que Pablo (el hombre que conoció todo esto) llamó ser "*asido por Cristo Jesús*" (Filipenses 3:12). Ésta era la concepción de Pablo de su conversión. Un día, Dios puso su mano sobre Pablo, y dijo: 'Ahora, Pablo, te tengo; ¿qué vas a hacer?' Y la respuesta dada de todo corazón que nunca se volvió atrás, fue: "*¿Qué haré, Señor?*" (Hechos 22:10). Desde entonces, Pablo se llamó a sí mismo el esclavo de Jesucristo, y lo único que le preocupaba era estar supeditado a Cristo o que Cristo fuese Señor incondicionalmente. Si no es así, la vida será una confusión, una guerra civil dentro de nosotros mismos. A menos que haya un Amo solo y absoluto, la vida será una cosa mal ajustada. Hasta que Él no sea nuestro Amo, no logramos entender por qué Dios nos ha creado.

Tomen a Pablo como ejemplo. Pablo estaba haciendo estragos en su propia vida, así como en la de muchos otros, mientras se rebelaba contra el Señor, dando coces contra el aguijón. Esto se hizo perfectamente claro cuando el Señor obtuvo el dominio.

Y lo que es más (y que es siempre verdad, donde hay esta falta de completa sumisión al Señor), Satanás era la fuerza motriz detrás de Pablo. Él pensaba que era su propio amo, pero estaba siendo dirigido. Estaba indefenso ante el vigor con el que este poder maligno le conducía. Cada vez más, este poder del maligno se ataba a él y le empujaba desesperadamente todo a lo largo, lo que suponía un gran coste para él, y mucho sufrimiento para muchos otros.

Cuánto hay detrás de esas palabras que Pablo empleó más tarde de sí mismo: "*siervo de Jesucristo*". Todas esas fuerzas indomables y tempestuosas de su propia naturaleza, con las que nosotros también estamos muy familiarizados, esas fuerzas que furiosamente se alzaron contra el Señor y contra todo lo que es del Señor, todo ese amotinamiento de las fuerzas malignas, fueron sometidos a Jesucristo, y Pablo

pudo hablar de sí mismo como "esclavo de Jesucristo".

7. Satisfacción sólo en la plena intención divina

Volvamos a Simeón. Ven ustedes, Simeón era un hombre muy interesante. Los eruditos han descubierto que era hijo de Hilel, gran erudito judío que fundó una escuela de interpretación de la ley. También se ha declarado que Simeón era el padre del gran Gamaliel, a cuyos pies Pablo fue educado. Si estos hechos son auténticos, Simeón debió tener un patrimonio excepcional, una esfera de mucho interés. Pero para Simeón, el hecho de que el Señor pusiera Su mano sobre él, significó que nada de eso –de su importancia, de su herencia, de su mundo grande y lleno como era–, respondía a su necesidad más profunda. Esta profunda necesidad que estaba aún en él sin respuesta, insatisfecha, fue su prendimiento.

Nosotros mismos llegamos a eso, hasta cierto punto, cuando descubrimos que, por mucho que pueda haber en la vida y en este mundo que nos interese, y ocupe mucho de nuestro tiempo y atención, no está respondiendo de una forma o de otra, a nuestra necesidad. Hasta donde nos sea posible, podemos lograr éxito en todo eso y, sin embargo, incluso lo mejor y lo más grande sigue siendo de algún modo una desilusión. Hay algo que queda por satisfacer. Es la mano de Dios que nos agarra para que nada justamente nos satisfaga. Como decimos, hay algo que está por satisfacer: una pregunta por contestar, un sentido apremiante de nuestra situación con relación a alguna cosa más, y con algo más alto. Esto es señal de que Dios tiene un propósito más grande en nuestras vidas, porque no nos permite nunca estar satisfechos con nada menos que con todo el objetivo para el cual Él nos ha llamado.

Podríamos pensar que ahora tenemos nuestro campo. Lo podemos explorar y explotar; pero si eso es menos que el pensamiento entero de Dios, descubrimos que no hemos encontrado todo lo que en lo más recóndito de nuestro corazón sabemos que es la respuesta a nuestra existencia, a ese sentido de destino, de propósito divino, que arroja un vacío y descontento en todo lo demás. Fue sin duda así con Simeón. Esa otra cosa no había todavía aparecido realmente. Pero el día que vino, todo su mundo se desvaneció entonces como nada. Simeón dijo: '¡Ya lo tengo, ya he llegado!'. El día que tuvo al niño Jesús en los brazos, supo que tenía la respuesta.

¿Ha tenido usted una experiencia como esa? ¿Sabe usted algo de lo que eso significa? Estar esperando, anhelando, orando, presintiendo, y entonces el Señor le pone en contacto con esa cosa que es particularmente de Él mismo, y usted dice: "¡Es de esto que he estado sintiendo la necesidad; esto es eso!"

Ese es el trato del Señor con un siervo suyo o con un instrumento sea personal o corporativo, que ha sido escogido para algo más que lo corriente, que es llamado a lo más completo en lugar de lo parcial.

Reconozcamos, pues, que el Señor necesita una vasija aprehendida para traer la medida más grande de la plenitud de Cristo. Examinemos la extraña historia espiritual por la que pasa esa vasija, es decir, las relaciones poco comunes de Dios con ella, y el interés inhabitual de los poderes del mal al concentrarse en volver esa vasija inutilizable, a fin de echar a perder ese propósito. Aquí está muy claramente representado por este hombre.

Ven ustedes, tengo el presentimiento de que el Señor quiere decirnos algo, en este momento, del fin que se acerca, de Su preocupación por una vasija que le sirva de esta manera más completa, referente a Su Cristo, en un tiempo de inmediata necesidad espiritual, y de lo que, por consiguiente, podemos esperar en cuanto a nuestra propia experiencia frente a un enemigo en su horrible ofensiva. Cuan **necesario**, pues, es ser ahí para el Señor más que un abandono ordinario.

Vengamos al lugar donde Él es muy de verdad Amo y Señor, donde le estamos del todo sujetos. Hagamos de esto un motivo de oración muy definido. Si podemos discernir algo de estas señales relativas al mundo, a la fase venidera de las cosas, así como a nuestra propia experiencia espiritual, comprendamos que son de inmenso significado, y lleguémonos con sinceridad al Señor para que Él halle en nosotros una vasija a mano, enteramente bajo Su dominio.

Capítulo 4

UN MINISTERIO DE LA SIGNIFICACIÓN DE CRISTO

"Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones" (Lucas 2:33-35).

EL SIGNIFICADO DE CRISTO DEBE ESTAR INCRUSTADO

En el pasaje ya citado, tenemos algo del significado de Cristo, algo de lo que está implícito cuando Cristo entra en nuestras vidas con el ministerio a la vista. Ése es el verdadero significado del servicio y de la visión de Simeón. Tarde o temprano, los que son llamados *"según el propósito suyo"*, se darán perfecta cuenta del significado de Cristo, de manera concluyente y mucho más completa. Puede ser que nuestra conversión nos aportara un conocimiento profundo y muy real, pero que sea así o de lo contrario que hayamos nacido de nuevo de un modo simple y comparativamente fácil, llegará el momento en que, a través de crisis profundas y agitaciones en nuestras vidas, vendremos al hecho de que Cristo, y la unión con Él, es infinitamente más grande de lo que nunca nos habríamos imaginado.

Es verdad que la salvación es gratuita y todo de gracia, pero no es barata ni superficial. Si así la consideramos, iremos simplemente debilitándonos, seremos de poco valor o estaremos entre los que tropiezan. Los eternos consejos de Dios comprendiendo todas las edades y reinos, y centrados en un pueblo redimido, están tan llenos de significado, son tan vastos en su importancia, que un trabajo muy profundo ha de hacerse para que estemos en consonancia con ellos. Tenemos que llegar a la comprensión de lo que significa para nosotros haber sido llamados a la comunión con Aquel tan importantísimo y tan inmenso cual el Hijo de Dios.

Hay tres aspectos de *"la participación de sus padecimientos"*.

Primero, la cooperación con Él en Su obra de liberación de las almas del envidioso enemigo, cruelmente hostil.

Segundo, la disciplina y la purificación las cuales contribuyen a la semejanza de Cristo.

Tercero, el aumento de la capacidad y desarrollo de las facultades para percibir y comprender la grandeza de las cosas divinas, particularmente el conocimiento de Cristo.

Todo esto es, en realidad, padecimiento. No podemos alcanzar este conocimiento por mera información; tiene que estar incrustado. Ninguna suma de doctrina oída lo

hará.

Con frecuencia, una gran cantidad de enseñanza de muchos años brota a la vida, cuando el que la posee pasa por una experiencia casi devastadora de sufrimiento y de prueba. Un mundo parece desmoronarse y acabarse por entero, y uno nuevo es esencial para sobrevivir. Los que conocen a Cristo más completa y realmente, son los que lo han descubierto en profunda agonía y perplejidad espirituales. Cristo es la puerta a una inmensa esfera de significado divino, y no hay nada casual o esporádico en ese terreno. Todo nuestro ser quedará envuelto en este asunto, si de verdad vamos a representar la medida espiritual para otros: *"Una espada traspasará tu misma alma"*.

En su gran sueño alegórico, Juan Bunyan procuró personificar caracteres y propensiones, y a representarlos en figuras de tamaño natural, a fin de que se pudieran ver de cuerpo entero. Por esos caracteres, él quería que nos viéramos en nuestras flaquezas y peligros. Al verlos pasar delante de nosotros, sonreímos, nos sentimos avergonzados, disgustados, y luego vemos que Bunyan nos ha retratado.

Uno de esos personajes en los que Bunyan ha concentrado su capacidad de humor, de sarcasmo e ironía, es el Sr. Interés-privado. Nos dice que la ciudad Buenas-palabras tomó su nombre de los antepasados del Sr Interés-privado; que su abuelo era un barquero que siempre miraba en una dirección y remaba hacia la opuesta. La Sra. Interés-privado, su esposa, era una mujer muy virtuosa, hija de Doña Astucia. Interés-privado y su esposa tenían dos sólidos principios religiosos a los que muy estrictamente se adhirieron y educaron su familia, como corresponde. Esos principios religiosos de buena reputación eran:

(1) no pelear nunca contra viento y marea,

(2) acompañar a la religión cuando va en sandalias de plata, y si el sol brilla y la gente la aplaude.

Bunyan dice que fingir, mirar de un lado e ir en realidad del otro, hacer creer, escoger la ley del mínimo esfuerzo, ir por el camino popular y desaparecer cuando las cosas son difíciles, es una tendencia de la naturaleza humana. No tenemos nada más que desprecio por el Sr. Interés-privado. Pero esa tendencia puede ser más o menos el peligro de todos nosotros. De hecho va a ser desastroso, a menos que el Señor se encargue de ello enérgicamente, pues es del todo incompatible con Cristo y con el eterno propósito de Dios centrado en Él. Miremos, pues, de nuevo el pasaje de Lucas, y veamos algo de lo que está implícito a través de Cristo cuando es presentado.

CRISTO DETERMINA EL DESTINO

Ante todo, Simeón dice que *Éste* (el Cristo), va a determinar el destino. *"Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel"*. Hay varias interpretaciones diferentes de esas palabras. Primeramente pueden significar que al tropezar con el Señor Jesús, algunos caerán para nunca más levantarse. Le verán como un tropiezo. Se dice en las Escrituras que Él será por piedra de tropiezo para muchos (cfr. Isaías 8:14). Los pies de muchos tropezarán con Él y caerán de cabeza.

¡Qué verdad es esa! Por no estar dispuestos a aceptar el escándalo de la cruz, por consentir el goce de los deleites temporales del pecado antes que padecer aflicción con el pueblo de Dios, por no querer tomar la cruz y seguirle a Él, se han caído de

cabeza. De su contacto con el Señor Jesús se ha resuelto el destino de ellos. Es muchísimo así. Por esa parte, Él está puesto para caída de muchos: a saber, que Él está puesto para poner en claro, tanto si realmente actuamos en serio con Dios, como si no. Muchos al acercarse a Él, encontrando que Él y Su camino son un oprobio, se han vuelto y se han ido, Dios sólo sabe a qué. *"Puesto para caída... de muchos"*.

"Y para levantamiento de muchos". ¡Qué gloriosa historia está vinculada con eso! Muchos se han llegado a Él dándose cuenta de algo del coste, reconociendo en lo que se implicaban si se unían a Él y le seguían. No obstante, le han escogido. ¡Qué levantamiento ha significado para ellos! Sí, del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes de Su pueblo (cfr. 1 Samuel 2:8).

Ustedes y yo sabemos sólo un poco de lo que significa ser levantado por nuestra unión con el Señor Jesús. Pero ¡cuánto más hay todavía por venir! pues Él ha dado Su palabra de que algunos se sentarán con Él en Su trono, como Él ha vencido y se ha sentado con Su Padre en Su trono (cfr. Apocalipsis 3:21). ¡Qué levantamiento! Una historia larga y maravillosa se podría contar de hombres a los que el Señor ha levantado. Algunos caerán, otros se levantarán; se establece el destino. Su actitud hacia Cristo determinará para siempre lo que será.

Esas palabras pueden significar igualmente que muchos caerán y también se levantarán, y a este respecto hay una tropa grande. Veo a Pedro en esa compañía. ¡Oh, ese jactancioso Pedro, elevado en sí mismo, confiado en sí mismo, seguro de sí mismo! *"Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré"* (Mateo 26:35). Aquí hay un hombre que está subido, pero subido en una falsa plataforma, y cuando se puso en contacto con el Cristo crucificado, cayó. Pero ¡alabado sea Dios! para levantarse de nuevo. Cristo, quien le hizo bajar, lo subió.

Miren al gran Saulo de Tarso montado en su alto caballo dirigiéndose a Damasco; ¡y qué caballo más alto era! ¡Qué autosuficiente, engreído y confiado en sí mismo era el joven Saulo de Tarso! Cayó de ese alto caballo al polvo, a los pies de Jesús de Nazaret. La cosa más humillante que él jamás hubiese podido imaginar: '¡Jesús de Nazaret, ese falso profeta, ese impostor, ese blasfemador de Dios, ése que fue colgado en la cruz llevando en Él lo que nuestra ley declara la marca de la maldición!' Piensen en ese hombre humillado a los pies de Jesús de Nazaret, y diciendo: *"¿Qué haré, Señor?"* ¿No ha caído? Sí, pero ¿no fue levantado? *"Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos"*.

Siempre será así: una cosa u otra. Caeremos ante Jesucristo o nos levantaremos conforme a nuestra actitud y respuesta a Él; según le rechacemos o le aceptemos, le obedezcamos o le desobedezcamos. Él lo determina. Bajemos de nuestra plenitud y propia fuerza natural a Sus pies, con quebrantamiento, humillación y vergüenza, reconociéndole Señor. Una mano nos tomará y nos elevará hasta esas maravillosas alturas de la gracia.

CRISTO, UNA SEÑAL QUE SERÁ CONTRADICHA

a) El desafío de Su presencia

Simeón dijo luego: *"y para señal que será contradicha"*. ¿Qué es eso? Quiere decir que está puesto para una provocación por implicación. Una señal es una implicación.

Implica algo, y el efecto de esa implicación es provocar. Deberían ustedes empezar a ver lo que Jesús implica. Habrá alguna reacción. Si no están preparados para aceptar la implicación de Jesucristo, serán provocados con fuerza. No permanecerán neutrales, se pondrán a luchar. En eso estaba Saulo de Tarso. Interiormente, en lo más hondo y secreto, estaba luchando contra el Señor, dando coces contra el aguijón. Fue provocado por la significación de Jesús, la significación de Cristo mismo.

En la persona de Cristo tenemos una clase diferente de hombre. No un mero hombre terrenal, sino un Hombre celestial. He aquí un Hombre encarnando en Su propia persona una norma santa, celestial, la norma del cielo. Los hombres serán medidos y pesados por las normas celestiales en la presencia del Señor Jesús. No solamente por lo que Él dice y los juicios que Él verbalmente pronuncia, sino por Su presencia. Los hombres se dan cuenta de que hay aquí una norma que descubre lo insignificantes, deficientes y diferentes que son.

Ustedes saben que es muy cierto. Hemos dicho muchas veces que si un verdadero hijo de Dios en quien mora el Espíritu de Jesucristo, entra a trabajar en un comercio o en algún hogar impío, sucede con frecuencia que sin decir que es cristiano, se empieza a notar una atmósfera tensa, y la gente se vuelve desagradable o hace comentarios. Por la presencia de Cristo en el creyente, algo ha excitado y provocado el ambiente mismo. Sin que sea de un carácter molesto o difícil (algunas personas desde luego lo son, y provocan por su insensatez), pero porque es un verdadero hijo de Dios, humilde y cariñoso, algo se provoca. Él o ella llega a ser una persona fichada y conocida por ser diferente; y esa diferencia es engorrosa para otros. La gente comienza a sentirse incómoda.

Si eso es verdadero de un sencillo hijo de Dios, ¿cuánto más tuvo que ser del mismo Hijo de Dios? Su presencia era la medida tipo del cielo. Los hombres no podían medirse a su altura. Todos se sentían mal e incómodos en Su presencia. Él era una señal. Tenía una significación, la tenía por Su presencia misma la cual hablaba en contra, provocaba.

Es algo grande estar a gusto en la presencia de Jesucristo, conocer la gracia de Dios que hace posible que nos sentemos con *Este*, santo, justo y perfecto. Pero Él nos descubre. Es lo que justamente pasa muchas veces. Estamos siendo provocados, perturbados, incomodados, no sabemos por qué, pero si queremos saberlo, nos daremos cuenta de que el Espíritu de Jesucristo intenta convencernos de que no estamos en armonía con nuestro Señor. En tal caso, podemos tomar una o dos actitudes: o corregirnos o ir de mal en peor y estar más y más amargos, hasta con el Señor. Él es una señal contradicha.

b) El desafío de su manera de vivir

Su vida y conducta constituían esa significación tan provocadora. Ven ustedes, Él no se conformó al sistema terrenal de ellos, ni siquiera a su sistema religioso; no se acomodó, no hizo lo acostumbrado. Pertenece a un sistema celestial. Los principios espirituales y celestiales lo eran todo para Él y no sólo ritos y cumplimientos exteriores. Él no iba a pararse en simples exterioridades y formalidades; se mantenía fiel a los principios interiores. La significación de Su conducta provocaba a los que

estaban interesados por la forma de las cosas más bien que por el espíritu, por la estructura más bien que por el corazón. Esas personas ofrecen el servicio de palabra. Dios busca el servicio de corazón.

La presencia del Señor Jesús es la repudiación de simples formalidades, costumbres y tradiciones. Él introduce la norma celestial, las leyes celestiales, el sistema celestial y no es fácil para nosotros a no ser que estemos del lado del cielo. Sigán esto hasta el final, porque ésa era la señal que fue contradicha.

Los hombres no pudieron conseguir que se conformara a lo acostumbrado, porque Él no iba a ser cómplice de la falsedad de ellos, de su hipocresía, de su afectación, de su condición que no tenía nada de espiritual la que exponían detrás de su ritual externo. Él no se implicaba en eso, y por consiguiente era una provocación. Él es siempre así. Descubrirá si estamos gobernados más por opinión pública que por principio, si los intereses temporales nos preocupan más que las retribuciones eternas. Estaba siempre introduciendo toda una serie de cosas como esas en el mundo, y en ese sentido, ellos no podían francamente soportarle a Él ni Su manera de ser.

Hemos citado a menudo, cuando después que Sus hermanos le instaron a que subiera a la fiesta, que dijo: *"Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea. Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto"* (Juan 7:8-10).

Parece un poco difícil, ¿no es verdad? como si estuviese envuelto en alguna duplicidad. Pero ¿qué significa? La fiesta de los tabernáculos estaba muy cerca. ¿Qué era esa fiesta? En ella se celebraba la emancipación de Egipto y la entrada al reino de Dios; la liberación de este presente mundo malo y el traslado al reino del amado Hijo de Dios. Ese reino estaba personificado en Cristo mismo, no en Jerusalén ni ahora en ninguna celebración terrenal de fiestas históricas. Él es el reino de Dios, por tanto no hizo de ello un asunto de simple celebración ocasional, de una manera externa como ésa.

La celebración no tenía sentido. La liberación de ellos de este presente mundo malo, era falsa. ¡Sí estaban tan comprometidos con el príncipe de este mundo como nadie! Las consideraciones mundanas los gobernaban completamente. En realidad, el Señor Jesús dijo: *'No tengo nada que ver públicamente con eso. Yo represento la verdadera esencia de este reino celestial y la separación absoluta de este mundo'*. Así que, de ninguna manera permitió que se pensara que estaba en eso. Él estaba aparte, y si subió *"no abiertamente, sino como en secreto"*, fue para tratar de sacar al pueblo de la falsa representación de las cosas celestiales, a fin de traerlo a Él, la encarnación del pensamiento celestial de Dios, acerca de la fiesta de los tabernáculos.

He citado ese pasaje sólo como medio de ilustración para tratar de enfocar lo que estoy diciendo. Él era una provocación, porque en Su conducta Él significaba algo de otro orden, de un orden celestial. Es todavía así.

Allí donde los hijos de Dios llegan a ser un pueblo celestial y espiritual, muy de verdad, emancipados incluso del sistema religioso establecido, y viven por principios celestiales, ¡qué provocación despiertan, cómo son contradichos! No se puede ser un hijo celestial de Dios sin ser contradicho. No intenten evitarlo. Ustedes significan una

cosa, y todo lo de este mundo está contra esa cosa. Llegamos a eso con el punto siguiente, que aparece en conexión con Simeón.

c) El desafío de Su cruz

Había además la significación de Su muerte y de Su resurrección, como señal que sería contradicha. Sí, Su cruz fue en efecto señal de mucha contradicción. ¿No lo ha sido así hasta el final y no lo es hoy día? ¡Cómo es odiada esa cruz, cuando se le da su verdadera interpretación! Está bien como grandilocuencia. Sí, los hombres quieren tener la cruz sobre esa base. Pero presenten el verdadero significado de la cruz de Cristo que es el No de Dios al hombre y a toda su grandilocuencia, el No final y absoluto a cada hombre, bueno y malo, y el No cuando Jesús clamó: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*" (Marcos 15:34). Él estaba llevando nuestra maldición en el No completo de Dios a la raza caída.

Presenten eso y será una ofensa. Dígalo a cualquiera que tenga algún sentido de su propia importancia, de su dignidad y bondad, que considera que en sí mismo hay algo meritorio, y se ofenderá mucho. Nunca aceptamos la cruz del Señor Jesús, hasta que vemos lo completamente indignos que somos. Entonces la cruz llega a ser nuestra gloria. Nos ponemos de parte de Dios y decimos: "Señor, tienes razón en decirme No a mí". ¿Ha llegado usted ahí? ¿Está siendo llevado ahí? Vemos lo que Dios hace en nosotros, cuando venimos al lugar donde reconocemos que no merecemos nada, que no tenemos ningún derecho ante Dios, y donde realizamos lo totalmente despreciables, indignos e incompetentes que somos para Su presencia. Usted está de acuerdo con la cruz como el No del cielo, cuando llega ahí. Todos tuvieron que venir ahí: Pedro, Juan y todos los demás.

Pero estar ahí, es estar muy cerca del gran Sí de Dios en la resurrección. La resurrección proclama que otro Hombre, otro que nosotros mismos, pasa al cielo. La puerta está ampliamente abierta a este otro Hombre, quien ha llevado ese primer hombre abajo en el juicio y la muerte, y lo ha dejado allí. El cielo está abierto para este nuevo Hombre, este Hombre resucitado y, "*si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección*" (Romanos 6:5). Es el gran Sí de Dios al Cristo resucitado, y nosotros que hemos sido plantados juntamente con Él, entramos en ese Sí. Tenemos la puerta del cielo abierta.

Ahora bien, ven ustedes, esa doctrina es una ofensa para cualquier persona engreída, segura de sí misma en este mundo, y es contradicha. Cristo crucificado es una señal contradicha; para los griegos locura, para los judíos tropezadero, pero para nosotros los que creemos, Cristo (sí, crucificado) poder de Dios y sabiduría de Dios (cfr. 1 Co. 1:23-24).

EL FRUTO DE LA PARTICIPACIÓN DE SUS PADECIMIENTOS

Y Simeón dijo a María, Su madre: "*(y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones*". La significación de Cristo: *¡una espada traspasará tu misma alma!* La espada no es poca cosa. La palabra que se usa para describirla, es la misma que emplearon los traductores del Antiguo

Testamento en griego, para la espada de Goliat. Aquí la palabra griega significa la gran espada tracia, una cosa inmensa. "Una gran espada traspasará tu misma alma", hablando desde luego, de su sufrimiento, de su angustia, cuando veía a ese hijo, entonces llegado a la plena madurez, expuesto en la cruz. Simeón dijo: 'Eso tendrá el efecto o será el medio de revelar los pensamientos de muchos corazones'. Lo que realmente equivale a decir, que la participación de los padecimientos de Cristo es el medio por el cual se revelan los corazones.

Es cuando entramos en la comunión de Sus padecimientos y sufrimos juntos con Él, que los pensamientos de muchos corazones salen a la luz, mostrándose comprensivos o lo contrario. Algunos, cuando ven que el pueblo de Dios sufre por amor a Él, manifiestan amargura, resentimiento, y se ponen en contra del Señor porque no comprenden. Cuántos padres se han opuesto con encono cuando un joven o una joven, en total consagración al Señor Jesús, acepta la participación de Sus padecimientos y sale a una vida de abnegación, una vida en la que los intereses eternos y celestiales priman sobre las mejoras y los privilegios terrenales. En términos del mundo, las cosas del Señor son muy costosas. Los amigos se vuelven en contra de los tales, llamándolos locos y todo lo demás.

Por su participación de los padecimientos de Su Señor, por todas partes empiezan a descubrirse los corazones de otros. Es necesario que esto ocurra. Notamos muy a menudo que su efecto es tarde o temprano, precipitar una crisis en esos mismos corazones. ¡Oh qué historia se relaciona con eso! Cuántas veces, por su devoción al Señor, un hombre ha sido llamado a sufrir terriblemente en las manos de su propia familia: perseguido, sometido a toda clase de ignominia, no se le muestra ningún apoyo. Esa situación puede durar mucho tiempo, y a todo eso aumentando. Pero este hijo de Dios se ha mantenido fiel, sin ceder ningún terreno, siguiendo adelante con el Señor, callada, humilde, mansa y cariñosamente, no mostrando resentimiento.

Lo que había en esos otros corazones que ha sido expuesto, eso mismo ha llegado a ser más tarde el medio que el Señor ha utilizado para quebrantar esas vidas y atraerlas a Él. Eso es sólo un aspecto de este asunto. Por la participación de Sus padecimientos, los pensamientos de muchos corazones se revelan.

Gracias a Dios, los pensamientos se revelan también de otro modo. En muchos corazones se revela el amor que tienen por el Señor, cuando Sus hijos lo están pasando mal porque participan de Sus padecimientos. Pero el principio actúa, sea como sea. Si como María, somos llevados a compartir con el Señor Su sufrimiento, eso tiene un efecto enorme en otras personas. El caso es que ha sido siempre por medio de la participación de Sus padecimientos que se han alcanzado otros corazones. Si el Señor le lleva a un camino de sufrimiento con Él, compartiendo algo del coste de la venida del Reino, eso en sí mismo es un testimonio que toca los corazones; en tanto que podemos estar predicando y no pasar nada. Cuando alguna cosa nos acontece porque entramos en esas profundidades, entonces algo empieza a producirse en otras personas.

Por eso, siervo del Señor, comprenda que el Espíritu Santo obra en otras vidas por medio de lo que está usted sufriendo con Él, y es con ese mismo propósito que le lleva a sufrir. Se revelan los corazones. El corazón mundano quedará al descubierto, por la cruz del Señor Jesucristo. Pablo dijo: *"Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de*

nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gálatas 6:14). La cruz descubre cuánta mundanalidad hay en nuestros corazones, y la saca a la luz. Por mundanalidad queremos decir, por supuesto, las normas de este mundo, sus caminos, sus opiniones y así sucesivamente.

La cruz descubre lo que hay en nuestros corazones en cuanto a nosotros mismos: el egoísmo que hay en nosotros. No se puede conocer verdaderamente la cruz y ser una persona egoísta. La cruz expone todo egoísmo y exige que se rechace todo lo que es del yo: el interés propio, la consideración de sí mismo, la lástima de sí mismo. Toda forma de egoísmo sale a la luz por la cruz.

Bueno, ese es el ministerio particular de un tiempo del fin que también es siempre un tiempo de transición.

Hemos visto que Simeón representaba un remanente que se aferraba a una visión celestial, en un tiempo en que lo que era de Dios se había vuelto terrestre y, en gran parte tradicional y oficial. Simeón acumulaba en sí mismo todas las revelaciones fragmentarias, diversas y parciales de Dios. Personificaba el concepto de la madurez espiritual, y, al mismo tiempo, significaba lo que había envejecido y estaba casi para desaparecer. Pero con todo, él enlazaba la nueva y plena manifestación de Dios, al tener el niño Jesús en los brazos. De esta manera él mostró por declaración y profecía, la consecuencia inmensa estrechamente ligada a Cristo, y el camino y el coste de un ministerio de la "plenitud de Cristo".

Aquí dejamos el tema para su meditación, y, *"aguardando la esperanza bienaventurada"* (cfr. Tito 2:13), pidamos al Señor que nos indique *el* ministerio que Él quiere tener en esta presente fase de transición, que resultará en Su aparición.